

## EL

## ECO DE CARTAGENA.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montolls y Garcia, Mayor 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

## SEGUNDA ÉPOCA.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Viernes 8 de Febrero.

del Eco de Cartagena

## LA MARINA DE GUERRA.

(Un paréntesis)

En el último artículo de la serie de los que venimos escribiendo bajo el título del epigrafe, vertimos una especie que exige de nuestra parte una franca y lea esplicacion; y ello es lo que vá á dar materia para el presente.

Desde luego, como lo que vamos á decir es enteramente ajeno del primordial objeto que nos impulsamos, si bien participa algo de su índole y de su espíritu, aquellos que solo busquen el interés histórico ó de novedad, pueden pasarlo por alto; ó bien tomarlo por una digresion, ó como un paréntesis abierto incidentalmente en el curso de la narracion. Por eso hemos prescindido de darle número en el orden cronológico.

Digimos, hablando de los servicios de nuestra Marina de guerra en sus luchas con la piratería berberisca, que la mayor parte de sus actos continúan ignorados, ó son muy poco conocidos; infiriendo la culpabilidad de ello á la apatía de los que con su pluma ó con su estímulo debieran sacar del silencio la memoria de tales hechos.

En cuanto al primer punto de la acusacion, dicho se está que nada se ha escrito bajo la forma histórica, única manera de salvarlos del naufragio del olvido; del segundo, hablaremos de propia experiencia.

Hace algunos años que al calor de una esperanza reverdeció en nosotros un pensamiento que veníamos acariciando desde que la luz de la razon comenzó á iluminar nuestra inteligencia. Veinticinco años de afanosas investigaciones, que empezaron por una pueril curiosidad, iban á tener en la publicidad su mas legítima satisfacion; nuestro ideal su más cumplido objeto.

Vasto era en si el pensamiento; todavia más, mirado desde la pobreza de nuestras facultades; pero habia en nosotros una gran fuerza de voluntad, mucha fé y mayor entusiasmo; y sabido es de cuanto es capaz la accion mancomunada de tales móviles en los intentos del hombre; querer es poder. Esto nos dijimos; y todo lo que hasta entonces estuvo encerrado en la esfera de lo ideal, pasó á tomar formas y consistencia en la de la práctica: el pensamiento fué un hecho, y comenzamos á escribir.

No hay para que decir el ardor con que acometimos la empresa. Nuestra humilde intelectualidad entró como en reaccion al calor de aquellos poderosos agentes; el espíritu creció en fuerzas, recorrió espacios que hasta entonces miró como insuperables, y ojeando libros y revolviendo archivos, llegamos á reunir sobre el cúmulo que ya teníamos, multitud de datos preciosos, algunos de ellos relacionados con sucesos, cuya economía no es aun bien conocida; otros que acaso se ignoren por completo; muchos de índole varia, muy propios para deleitar la curiosidad; no pocos de significacion escasa al parecer, pero de gran valor en ocasiones en que se hace necesario conozer una fecha, un pormenor, el origen de un suceso, la procedencia de un objeto, por ejemplo: la de la caña brava que existe en el almacén general del Arsenal y que hoy se busca con estéril insistencia para poder colgarle un tarjeton en el Museo naval, á donde tenemos entendido trata de llevarse; y que al fin tendrá que ser escrito *ad libitum* por la falta absoluta de datos; todo ello y algo más entraba en nuestro ideal para verterlo en forma enciclopédica, donde apareciera como en variado kaleidoscopo todo cuanto de grande, útil y recreativo pudieran apetezer el patriotismo, el espíritu especulativo, ó la simple curiosidad.

Pero hé aquí que á los primeros pasos en el camino de nuestro propósito faltónos el aliciente que dió forma y calor al pensamiento; ha-

biamonos afanado tras una esperanza en la cual iba envuelto, digámoslo así, el ser, la vida de ese mismo ideal que, aun cuando concebido aqui y aqui iniciado, debia desarrollarse en otra parte, por que los vneros que nos venian surtiendo estaban ya agotados y era preciso recurrir á nuevos manantiales; pero esa esperanza, bella como todas las esperanzas, salió como tantas otras ilusorias. Entonces pudimos convencernos abiamos caminado incautamente tras un fantasma.

De nada sirvió apeláramos al patriotismo. Dos veces llamamos á sus puertas y nadie nos respondió.

¡Terrible fué el desencanto! y como es consiguiente; el entusiasmo se hizo tarde, la voluntad remiso; cundió en nosotros el desaliento y arrojamos la pluma.

Esto parece debió ser bastante para una resolucion irrevocable; sin embargo! así sencillos, aun pretendimos tentar tercera vez á la fortuna. Corrió el tiempo; el despeño habia cedido de sus primeros bríos y otra vez volvimos á coger la pluma; si bien ya para ejercitarla en campo más reducido, aunque no menos fecundo en interés para los amantes de nuestras marinas glorias; pues se trataba de una de sus más preclaras celebridades del siglo último; pero sucedió lo que antes: allí donde creíamos hallar la proteccion, encontramos solo el indiferentismo: siempre el mismo silencio. ¡Si al menos se hubiera dejado á salvo el amor propio!...

Esto llevó á nuestro ánimo la completa persuacion de que podíamos apagar ya la linterna, cual el filósofo del tonel; con la diferencia de que este encontró al hombre que buscaba.

Entonces recogimos nuestros papeles, pensando cual otro Barutell, laborioso oficial de nuestra Marina del siglo último, que se dió á idénticos trabajos, aunque con mejor fortuna. Este decía á su esposa «guarda esos papeles que tal vez encuentres algun dia quien sepa apreciarlos.»

Hay, por lo general, en los sucesos de vida cierta estraña amalgama,

ma, cierta misteriosa correspondencia entre el pesar y la satisfacion, que puede decirse no hay cuadro en la esfera de la humanidad por oscuro que en si sea, que no tenga sus cambiantes de luz, su lado menos sombrío; es la armonía de la vida; de otro modo, ésta, como dice un escritor contemporáneo, no pasaría de ser una monótona sucesión de sucesiones monótonas.

Nosotros no podremos olvidar nunca la honrosa acogida que nos merecieron, y la complacencia con que miraron nuestros primeros trabajos en pos del ideal espuesto, los dignísimos generales Sres. D. Valentín de Castro Montenegro, D. Enrique Croquer, D. Pedro de Abarade y D. José Montojo; al último de los cuales debemos algunas fotografías de modelos de buques, y un plano del ataque de Argel en mil setecientos ochenta y cinco, sacadas expresamente en el Museo naval, para ilustracion del proyecto. Nosotros recordaremos siempre con satisfacion sus honrosísimas deferencias y el concurso moral con que nos animaron para su continuacion, en lo cual encontramos siempre el mejor estímulo; y he aqui como todo tiene en este mundo su compensacion.

No menos complacidos debemos confesarnos tambien del Sr. D. Francisco Diaz, jefe del Archivo nacional de Simancas, sujeto á quien no teníamos el gusto de conozer, pero que bastó una simple súplica de nuestra parte, para que con un patriotismo poco común, y una deferencia que tampoco olvidaremos nunca, nos proporcionó todas cuantas noticias tuvimos por necesarias; las cuales en crecido volumen conservamos originales como prenda de buena memoria, junto con su última carta de aquella época que concluye con estas patrióticas frases: «Si en Cartagena hay Arsenales, tambien los hay en Simancas, y de gran valor para la historia.»

Este es el mayor elogio que pudiéramos hacer de dicho señor á quien aprovechando esta oportunidad, le enviamos desde las colum-